



#### IV

Entraron en la cocina dos mendigos, hombre y mujer. Venían disputando. La mujer, con la basquiña echada por la cabeza, daba el pecho á un niño amoratado de frío. El hombre entró delante, corriendo como un gamo, aun cuando traía la pierna derecha, desde el muslo al tobillo, envuelta en trapos húmedos y sórdidos. El ventero se volvió y les hizo un gesto que suponía acuerdo entre ellos. Los otros callaron, y con los ojos bajos, alzando los hombros y estreme-

## LA GUERRA CARLISTA

ciéndose, se acercaron al fuego. La vieja del carro y la muchacha los miraban de soslayo, sin interrumpir el rezo. Sentados cerca del hogar los dos mendigos parecían montones de guñapos, y al calor del fuego exhalaban un vaho de miseria. El hombre tenía los ojos fijos sobre Cara de Plata. En voz baja dijo al oído de la mujer:

—¡Páreceme un caballero de mi tierra!

—¡Calla, borrachón!

—¡No seas loba!

—¡Borrachón!

—¿Será engaño del enemigo malo?

El mendigo, con las manos cruzadas bajo la barba inculta y borrascosa, siguió mirando á Cara de Plata. La mujer metióse el pecho en el justillo:

—¡Borrachón!

Dió al compañero una puñada en el hombro

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

para advertirle, y, poniéndole en los brazos al crío, se dispuso á remendarse la basquiña, canturreando. El hombre insistió:

—¡Vaites! ¡Vaites!... ¡Como que lo es!... ¡Vaites! ¡Vaites!... Un caballero de mi tierra.

La mujer le miró, quedando un momento con la aguja levantada en el aire:

—¡Tu tierra! ¿Dónde es tu tierra? ¡Algún presidio, borrachón!

El crío empezó á berrear, y el mendigo trató en vano de acallarle:

—¡Tiene hambre!

—También yo la tengo.

—¡Bien harías dándole otra teta!

—¡Calla, borrachón! Lo que tiene el hijo de mi alma es un dolor. Si estos señores caritativos podrían darnos una gota de anisado, veríaislo todos callar.

## LA GUERRA CARLISTA

La vieja murmuró, pasando las cuentas del rosario:

—No tenemos.

Y la muchacha tomó en brazos al niño:

—¡Qué pálido está!

La mendiga murmuró:

—Es condición. Siete tuve, y todos tenían la misma color.

Preguntó la vieja:

—¿Le viven todos?

—No me vive ninguno, sino éste.

—Dios se lo conserve.

Y repuso el hombre, mirando las lenguas de la llama:

—¡Para pasar trabajos!

—¡Porque no eres su padre, borrachón!

El hombre repuso con el mismo tono meditabundo:

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Para el cuitado, como si lo fuese!

La vieja interrogó:

—¿No es su padre?

Y gimoteó la mendiga:

—No, señora. El padre murió afusilado por los negros.

Y afirmó el mendigo:

—¡Un hombre de provecho!

La mujer volvió á canturrear mientras examinaba al trasluz los rotos de la basquiña:

—¡Ay, que conia!... No puede irse por caminos con una buena prenda. ¡Tres días que una guapa señora me la dió en Irache! ¡Era seda rica, de la que hace resol!

La vieja quiso inquirir:

—¿Entonces, vienen de muy lejos, hermanos?

La mendiga tardó un momento en responder,

17243

UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII  
BIBLIOTECA DE HISTORIA  
"ALFONSO XIII"  
Año. 1925 MONTEPÍ, NEVADA

## LA GUERRA CARLISTA

ocupada en quebrar con los dientes la hebra que enhebraba:

—¡Ay, que rajo de Dios! Pues venimos de Irache.

El hombre, después de santiguarse, murmuró timidamente:

—¡No jures, Josepa!

—¡Calla, borrachón!

—¡Que tal me digas, cuando no lo cato!

Se volvió hacia el fuego para atarse los trapos de la pierna, y con los ojos en la llama empezó á rezar, moviendo todo el busto atrás y adelante:

—¡Divino Señor, danos los tesoros de tu paciencia para sobrellevar las penas y trabajos de este gran valle de lágrimas! Padre Nuestro, que estás en los cielos...

Sus palabras se hicieron confusas, y el rezo

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

quedó en un mosconeó. La mujer alzó la cabeza, y suspensa la aguja entre los dedos, sonrió con ternura:

—No lo cata, no... Es la costumbre quedada de hablar al otro.

El hombre continuaba absorto en su rezo, y de tiempo en tiempo apartaba un tizón de la lumbre y lo ponía al borde del hogar. Iba formando una hilera. Viéndole revolver en la ceniza, le gritó el ventero:

—¡Ya es tema, tú!

—¡Vaites!... ¡Vaites!...

—¡Ya podrías ver que esbaratas la hoguera, tú!

—¡Vaites!... ¡Vaites!...

—Y el mendigo, con los ojos obstinados en la llama, sacudía muy de prisa los dedos, que tenían un són de choquezuelas. Después contó los

## LA GUERRA CARLISTA

tizones y dióse otros tantos nudos en los cabos de la cuerda con que ataba el calzón á la cintura. Quedóse reflexivo un momento, y santi- guándose, volvió los tizones á la hoguera, uno por uno. Al mismo tiempo en voz baja iba di- ciendo:

—¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo!

Y se acompañaba inclinando el busto atrás y adelante con una medida siempre igual. La vie- ja murmuró:

—¡Edifica con su piedad!

Al oirla, el mendigo volvió la cabeza estre- meciéndose, y con los brazos abiertos en cruz, se arrodilló:

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Ahora el Señor me permite reconocerla! De antes la miré y los ojos estuvieron ciegos. ¡Ahora, sin la ver, vuelto de

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

espaldas, oyendo su voz, sentí un susulto, y el alma me dijo quién era!

La vieja se puso en pie, muy sobre sí:

—¡Fobre hombre, está loco!

—¡Ay, cómo no la reconocí por esas manos tan blancas, Señora Madrecita!

Y arrastrándose de rodillas intentó tomarlas y besarlas. La vieja luchaba por retirar sus manos:

—¿Pero quién es? ¿Pero quién es?

El mendigo sollozaba:

—¡Nadie me reconoce! ¡Tanto me pudo cam- biar el pecado!

A la otra banda del hogar se alzó la voz jo- cunda del hermoso segundón que estaba atento y en pie:

—¡El demonio me lleve si no es Roquito! ¡El gran Roquito!

## LA GUERRA CARLISTA

---

Y saltó por encima de la lumbrada, y le suspendió del cuello, todo en vilo. El otro arrugaba la boca con un gesto de humildad:

—El mismo, Señor Carita de Plata.

El segundón dejó oír su risa bárbara y feudal:

—¡Parece que te repelaron bien las barbas, compadre!



## V

La Madre Isabel, toda maravillada, se hacia cruces:

—¡Nunca te reconociera! ¿Cómo llegaste á tanta miseria? ¿Cómo no escribiste á nuestro convento?

A las preguntas de la monja, el antiguo sacristán respondía dándose golpes de pecho:

—¡Soy un gran pecador! ¡Soy un réprobo, Señora Madrecita!

Y tornaba la monja:

## LA GUERRA CARLISTA

—¿Cómo estás aquí?

—¡Ya lo diré!

La Madre Isabel bajaba la voz, escandalizada y severa:

—¿Y esa mujer que te acompaña? ¿Esa mujer?...

—Todo lo diré. Haré pública confesión.

La Josepa agachaba la cabeza y miraba de reojo, metiendo y sacando tres dedos por el roto de la falda.

La monja seguía haciéndose cruces:

—¡Dios mío, de qué manera te veo!

—¡Negro de pecados, Santa Madrecita!

—¿Pides limosna?

El ventero se inclinó hacia Cara de Plata, haciendo un gesto malicioso, que adquiría mayor interés bajo el reflejo de la lumbre, que le pasaba temblando de los ojos á la boca:

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Es la socapa para andar por los caminos sin cirse echar el alto.

El sacristán, puesto de rodillas, inclinaba la cabeza y abría los brazos en cruz:

—¡Todo lo diré! El Señor Dios de los Ejércitos me envía un ángel de su casa y boca para quebrar la cadena del pecado que me puso al cuello el enemigo malo. ¡Todo lo diré... Ahora, almas cristianas, dejay que vaya á ocultarme donde nadie me vea! ¡Dejay que medite en mi culpa, en mi grandísima culpa!

Y golpeándose el pecho huyó hacia el pajar. La Madre Isabel quedó silenciosa, con una nube en el marfil de su frente y los ojos fijos en la mujer que remendaba la basquiña. Después, volviéndolos al niño adormecido en el cuévano lleno de harapos y mendrugos, estuvo contemplándole gran espacio, levantada muy blanda-

## LA GUERRA CARLISTA

mente la punta del pañolito que el sacristán le había tendido sobre la cabeza para guardarle del reflejo que llegaba del hogar:

—¿Qué tiempo tiene esa criatura?

—Nació á los tres días de haber los negros afusilado al padre. No es del tiempo.

Y se limpió los ojos con la basquiña, después de haber guardado en un cañutero de cobre, el hilo y la aguja. Intervino el ventero:

—¡Tú, y si los amigos no saben cuándo aconteció lo del padre!

—¿Y quién no sabe cuándo afusilaron á Tomi de Arguiña?

—¡Ya, pues quien no sea de esta tierra! ¡Pues si maginas que era el gran Napoleón!...

—Magino que para saberlo hay tres cruces en la vereda. Y bien lo dicen escrito que son

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

las cruces de los tres afusilados. Tomi de Arguiña, Machín de Gaona y el otro Machín.

La abuela empezó á removerse en su sillón de enea:

—De aquí los llevaron... ¡Ay, hijos, no valió esconderlos, no valió!... Todo lo miraban aquellos verdugos. ¡Ay, cómo decían, tú!... ¡Y cómo decían de pegar fuego á la casa y al pajar!... Eran á me preguntar por mis hijos. Yo decía, pues á la feria. Ellos decían, á la guerra. Pues yo, á la feria... Fueron al pajar y descubrieron á los cuatro que venían persiguiendo. Aquel que ahora se fué, escapó por entre los soldados. Yc lo vide entrar acá espavorido, y lo llamé, y lo tuve escondido bajo el sillón. Todo lo volvieron á correr... ¡Ay, jurar y jurar, mas no lo encontraron! La abuela estaba quieta. ¡Y rezando al Señor, y rezando á la Santa Madre, y á San

## LA GUERRA CARLISTA

---

Martín de Arguiña, que hace tantos milagros!

El ventero guiñaba los ojos:

—Se salvó como dice. ¡Y á la madre se lo debe!

Preguntó la monja:

—¿Pero quién? ¿Roquito?

—Sí, señora.

La Josepa explicó:

—Todos los cuatro eran fugitivos de aquel gran presidio, que dicen está en la tierra del moro. Escaparon acá, porque eran nativos de Arguiña.

Musitó la abuela:

—El que ahora se fué, ese no.

—Salvando Roquito, que tiene otra nación.

La monja interrogó, al mismo tiempo que cambiaba una mirada con Cara de Plata:

—¿Por qué estaban en presidio?

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

---

Hallábase la Josepa sentada en tierra, y enderezó el busto afirmando ambas manos en la cintura:

—No maginar cosa mala ninguna. ¡Eran cristianos muy cabales!

Cara de Plata murmuró:

—¡Pero estaban en presidio!

—Como tú, señorico, lo puedes estar.

El ventero afirmó con aquel inquietante guiñar de ojos que parecía desmentir siempre cuanto decía:

—Eran hombres muy cabales, y los mandaron al presidio contra ley. Fueron los primeros en alzarse, y como eran contrabandistas, pasaban cientos de fusiles por esa raya de Francia.

Josepa la de Arguiña, levantó los brazos arregados, que parecían de cobre en el reflejo del fuego:

## LA GUERRA CARLISTA

—¡No hay caravana peor que la justicia!...  
Habían llegado aquí con cientos de trabajos, y cuando ya se contaban seguros, los volvieron á coger, por una delación.

La mujer sollozó. Callaban todos. Y como si las almas se hablasen en el silencio, las miradas iban unas en pos de otras, hacia el niño que dormía en el cuévano lleno de mendrugos, y el niño se despertó llorando...



## VI

Roquito, después de hacer oración arrodillado cerca del pozo, en el corral blanco de nieve, entró al establo soplándose los dedos:

—¡Vaites!... ¡Vaites!... Una gran penitencia.  
¡Vaites!... ¡Vaites!... ¡Yo te ofrezco mi sangre en descargo de mis pecados, amantísimo Jesús!

Descolgó la esquila de una vaca, la guardó en el pecho, y salió al camino. Un momento estuvo indeciso, mirando á todos lados, y luego partió corriendo hacia el caserío de San Paúl. En

## LA GUERRA CARLISTA

el camino se le hizo de noche. Sólo se oía el fragor de las torrenteras. Roquito, sin dejar de correr, se santiguaba invocando el nombre de los santos y de las vírgenes que tenía en mayor devoción:

—No me desampares en esta hora de prueba, Glorioso San Berisimo de Céltigos.

Atravesó un puente que iba casi cubierto por la avenida, y luego una gándara encharcada, donde se perdió. Corría desalentado, hundiéndose en el lodazal de barro y nieve, sin ver ante los ojos otra cosa que el cendal de la bruma:

—¡Señor, Dios de los Ejércitos, no me desampares en esta hora de prueba! ¡Señor, sácame de este encanto para que pueda derramar por ti mi sangre!... ¡Vaites!... ¡Vaites!... ¡Servicio del Rey, servicio de Dios!... ¡Sácame de aquí, Gloriosa Santa Euxia!...

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Hasta que salió la luna no pudo encontrar el camino. Se puso á correr para no helarse, y cruzó ante una iglesia, oyendo el vago són de la campana movida por el viento. Se detuvo para colgarse al cuello la esquila, y bajó al caserío por una trocha honda, convertida en torrente. Aletazos de huracán, traían en jirones el alerta de los centinelas. Roquito se puso á caminar encorvado, rondando las tapias de los huertos, La esquila campaneaba golpeándole el pecho. Algunos perros ladraron en la lejanía. Una voz asustada gritó en la oscuridad:

—¡Quién vive!

Roquito se santiguó, y con el alma llena de luz siguió andando. El pregón de la esquila le anunciaba. Oía en las tinieblas los pasos del centinela, y no veía su sombra. La voz volvía á desgarrar la noche:

## LA GUERRA CARLISTA

—¡Alto!... ¡Quién vive!

Y Roquito volvió á santiguarse, continuando su ronda arrimado al muro. Sentía un suave calor, una divina fragancia, como si deshojasen sobre su alma las rosas del Paraíso. En medio de la nieve y del viento, hallaba cuanto eran dulces los caminos de Dios. Sonó un tiro, y sintió como si le desgarrase la espalda la uña encendida de Satanás. Acababa de arrojarlo de sí. La carne aterida, gustó como un regalo correr la sangre tibia. De improviso abrióse una puerta que se iluminó con la lumbrarada encendida en el zaguán. Vió unas sombras que se destacaban y sobresalían por oscuro sobre el fondo rojizo. Oyó voces:

—¿Qué ha sido?

—¿Echaste el alto, quintarraco?

—¿Tumbaste á Carlos Chapa?

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Juy!... El miedo te finge facciosos.

Luego venía la voz humilde del bisoño que daba la centinela:

—He oído una campanilla.... Eché el alto y no me contestaron.

En el fondo rojizo de la puerta negreaba la figura del sargento, que encendía el cigarro con un tizón, derribado el gorro de cuartel sobre la oreja.

—¿En qué año te parió tu madre, quintarraco?

—Pues así de súbito no sé decirle, mi sargento.

—Te ha parido el año del miedo. Oíste una esquila y has cuidado que era la campanilla que anunciaba la fin... Y nos espantaste la cena. Gran ladrón, cuando acá estábamos diciendo, vamos á coger por los cuernos á esa res descarriada, tú nos la espantas con un tiro.

## LA GUERRA CARLISTA

Se oyeron otras voces haciendo coro á la del sargento:

—¡Gran ladrón!

—No dispararas si serían facciosos.

—¡Guarday que me parece oír la esquila!

—¿Sería una vaca?

—No sería una vaca, pero sería una oveja.

Para la cena ya llegaba.

Roquito, agazapado en el recodo de una tapia, con el ánimo en zozobra, sujetaba el badajo de la esquila, para que no sonase fuera de sazón. Aún duraba la zalagarda de los perros que olían la pólvora, cuando los otros volvieron á entrarse y cerraron la puerta, quedando la noche en mayor negrura, al extinguirse el reflejo de la hoguera que ardía en el zaguán. A poco, se oía el rasgueo de una guitarra y el jaleo de la jota. Los pasos del centinela se apagaban en la nieve

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

de la vereda: Roquito, sin salir de la sombra del muro, campaneó muy blandamente la esquila, que produjo un són apagado y huérfano, perdido en la noche. Lleno de ansiedad adivinó que la sombra del centinela venía para él:

—¡Vaites!... ¡Vaites!... Tú procuras tomar del cuerno á la res...

Roquito, para llevar más lejos al centinela, se arrastró sigiloso. Oculto bajo el emparrado de una puerta, volvió á tañer la esquila. El centinela venía á tientas, sin ruido, con el gozo y la zozobra de dar caza á la res, y ofrecerla en la cena de su sargento. Entró bajo el emparrado. Roquito entonces fué hacia él, y para conservar-le en su engaño, andaba encorvado, con las manos en la nieve y la esquila campaneante sobre el pecho. El centinela tendió un brazo y palpó en el aire. Roquito entonces saltó incorporado,

## LA GUERRA CARLISTA

y le clavó su cuchillo en la garganta, con tal golpe, que no pudo arrancarlo. Corrió á la casa, entró al establo, sacó á brazadas la paja y la amontonó ante las puertas, al pie de las ventanas, bajo los carros. De tiempo en tiempo se detenía á escuchar. Los soldados del retén se emborrachaban con el chacolí del casero, las coplas de la jota tenían un aire bárbaro, y en la guitarra sólo quedaban los bordones. Se oyó el canto de un gallo. Roquito se apresuró, puso fuego á la paja que acababa de esparcir y huyó agitando los brazos:

—¡Vaites! ¡Vaites!

En el camino se detuvo, y puesto sobre un bardal, miró al caserío. Bajo la luna, que ahora bogaba en un gran cerco de ensueño, se alzaban las llamas del incendio.

Roquito pensó en el soldado muerto. Recordó

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

que era un bicho y tuvo lástima. De pronto se estremeció:

—¡Virgen Santísima, no sería aquel rapaz tan nuevo que topamos ayer y nos dió pan para el niño!

Se puso á llorar y á correr. Cerca de Otain unos soldados que vivaqueaban, le prendieron tomándole por loco, y como la herida que tenía en la espalda marcaba una huella de sangre, le enviaron al hospital en un carro de forraje. Cuando atravesó la antigua villa agramontesa, tiritaba de fiebre y daba voces de delirio. Dos monjas le recibieron en la portería del piadoso asilo, fundado cien años antes por Doña Juana Azlor de Aragón, Abadesa en Santa Clara de Viana.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
VALFERRER, N. YES  
CALLE MONTERREY, MEXICO